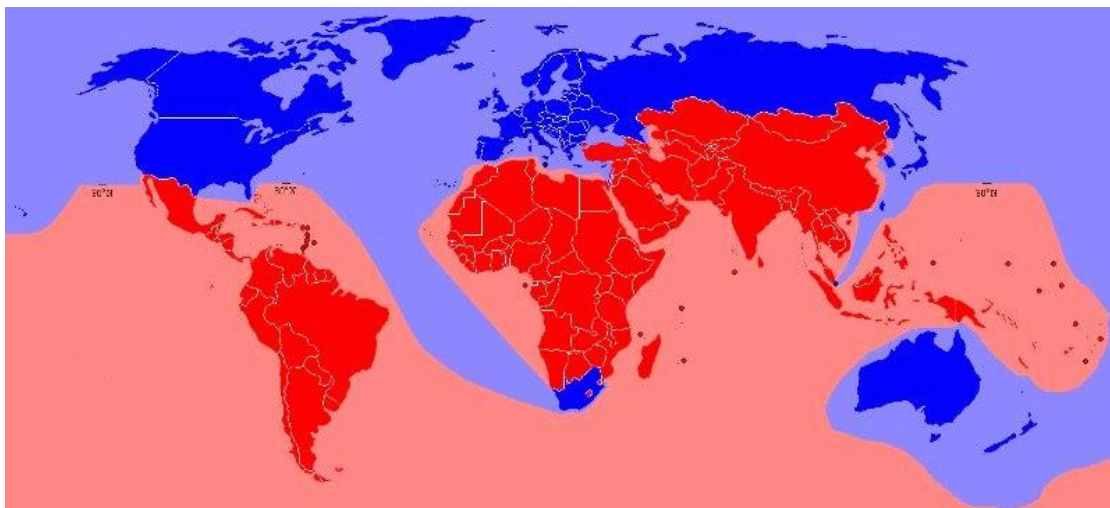
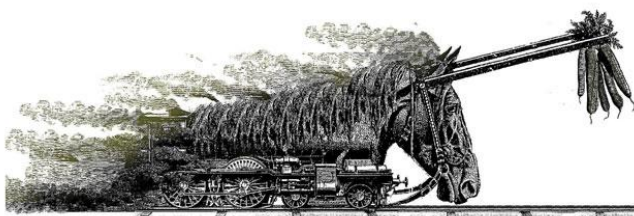


CAPÍTULO XIV - LA ECOLOGÍA POLÍTICA EN EL SUR DEL SISTEMA-MUNDO PRODUCTIVISTA



Una mirada ecologista desde el sur global

Las crisis ecosociales antropógenas se originan en el opulento e insostenible modo de vida de los países industrializados y en la forma en que ese modo de vida influye en los países del sur global, donde sus élites viven de igual manera. Tan solo ayer, en términos históricos, la opción para estos países era liberación o dependencia; y sin que esta lucha haya sido resuelta, hoy la humanidad toda se ve obligada a luchar por la supervivencia, a tener que optar entre evolución o decadencia.



Frente al monocorde discurso crecientista, común a todo el ancho espectro de la política tradicional, con el que se justifican ajustes tras ajustes y todas y cada una de las aventuras extractivistas en las que se embarcan los gobiernos de turno, pese a que el

crecimiento nunca logra hacer pie y el derrame nunca llega, el ecologismo debe multiplicar esfuerzos para ayudar a los pueblos a prepararse para sobrevivir a las muy graves consecuencias de la alocada carrera hacia la autodestrucción. Una carrera que ha sido impuesta mediante la dupla *endeudamiento-extractivismo* que condena y obliga a la dependencia perpetua; de la que se nutre el insostenible proceso crecientista del mundo industrializado.

La estrategia del ecologismo en el sur global pasa por enfatizar lo obvio, por advertir sobre lo errado que resulta admirar e intentar infructuosamente copiar -una y otra vez- el insostenible modelo de los países del “primer mundo”; sobre lo errado de insistir -tercamente- en la misma receta extractivista como base de un anacrónico desarrollismo. Le

toca al ecologismo en el sur global poner en evidencia las relaciones existentes entre la cultura productivista y las crisis ecosociales.

El desarrollismo en el pensamiento nacional: una mirada desde la Ecología Política

Luiz Carlos Bresser-Pereira,¹ describe las cinco diferentes formas adoptadas por el desarrollismo en aquellos países que llevaron a cabo sus revoluciones industriales capitalistas: el Mercantilismo (el primer desarrollismo propio de Inglaterra y Francia); el *Bismarckismo* (propio de países centrales atrasados como Alemania y Estados Unidos); el Desarrollismo periférico independiente (propio de países de Asia oriental, a partir del modelo japonés); el Desarrollismo Nacional (países periféricos como nacional-dependiente, es decir, países como Brasil y Turquía) y el Desarrollismo Socialdemócrata o de la edad de oro del capitalismo (el segunda desarrollismo entre los países ricos que se inició con el *New Deal* entre la primera y la segunda guerra).

Frente a estas diferentes formas del desarrollismo, particularmente en Latinoamérica se desarrolló una corriente de pensamiento y políticas económicas en las décadas de 1950 y 1960 caracterizada por promover una estrategia de desarrollo basada en la industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Este *desarrollismo clásico* postulaba que los países latinoamericanos debían reducir su dependencia de las importaciones de bienes manufacturados para lo cual se impulsaron políticas proteccionistas para fomentar el crecimiento industrial y el desarrollo de una clase empresarial local, con una fuerte intervención estatal en la economía que contemplaba la creación de empresas estatales para impulsar el desarrollo.

Este desarrollismo clásico comenzó a mostrar limitaciones tales como la dependencia tecnológica, la falta de competitividad externa, la inflación y la generación de desequilibrios económicos, todo lo cual condujo a la búsqueda de un nuevo enfoque que pudiera superar estas limitaciones, búsqueda que, en las últimas décadas, desembocará en la propuesta de un *nuevo desarrollismo* que basado en el desarrollismo clásico y a diferencia de este, propone combinar la industrialización y la promoción de la producción interna con la apertura económica y la inserción estratégica en los mercados internacionales.

Este *neodesarrollismo* nace del fracaso económico y político de la globalización, la financiarización y el neoliberalismo. Bresser-Pereira considera que el *nuevo desarrollismo* pretende garantizar la democracia, la reducción de las desigualdades y la protección del ambiente; afirmando que:

Es una estrategia nacional que le otorga al Estado un papel central, y como condición indispensable, propone una dirección sólida y eficiente; pues no cree que el mercado pueda resolverlo todo, ni que las instituciones deban limitarse a garantizar la propiedad privada y el cumplimiento de los contratos. El nuevo desarrollismo es un sistema teórico incluyente, heredero del desarrollismo clásico,

¹ Bresser-Pereira, L.C. (2014). La nueva teoría desarrollista: una síntesis. Editora 34, documento electrónico: <https://www.elsevier.es/es-revista-economia-unam-115-articulo-la-nueva-teoria-desarrollista-una-S1665952X17300038>

con propuestas actualizadas que les permitirán a los países de mediano desarrollo tener los elementos para acercarse en mejores condiciones a las naciones más prósperas.

Lamentablemente, en los países del sur global, tanto el desarrollismo clásico como el *neodesarrollismo* mostraron y muestran dos características que los tornan insostenibles:

- 1 – su transformación sistémica en crecientismo; y
- 2 - la ignorancia o menosprecio por la fundamental e insalvable contradicción entre capital y naturaleza.

Unidos en la superideología productivista, directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, a su hora, las diferentes experiencias neodesarrollistas terminaron atentando contra la integridad del mundo natural y, en última instancia, la del propio sistema social al que pretendían beneficiar.

Las características inherentes al sistema-mundo productivista, que lo hacen tender continuamente a la acumulación y concentración, son también las que van transformando los procesos de desarrollo en meros procesos de crecimiento, más allá de la voluntad política de los ideólogos e impulsores de los neodesarrollismos de turno. Tal crecientismo termina concentrando los beneficios del desarrollo para pocos y externalizando sus costos en el grueso de la sociedad, profundizando las diferencias, tanto dentro como entre países.

En cuanto al segundo aspecto arriba señalado -la ignorancia o menosprecio por la fundamental e insalvable contradicción entre capital y naturaleza- cabe observar que si bien existen dos contradicciones fundamentales: capital-trabajo y capital-naturaleza; es esta última la única con el potencial para impedir la reproducción del sistema-mundo productivista y ello es lo que le confiere carácter revolucionario y centralidad social, política y económica; y es la que torna anacrónicas a las multicolores teorías desarrollistas/crecientistas que se desprenden del tronco común superideológico productivista las que -antes o después- colisionan con los límites biofísicos para el crecimiento, definidos por las capacidades de reproducción y asimilación presentes en el mundo natural, límites que no pueden ser rebasados sin desatar verdaderas crisis ecosociales globales como las que hoy amenazan la supervivencia.

Aquí resulta conveniente detenernos para analizar, desde la visión que proyecta la *Ecología Política*, cuatro axiomas que conducen hacia la subvaloración de la dimensión ambiental en el *neodesarrollismo*.

El primer axioma del neodesarrollismo: siempre la ciencia y la tecnología encontrarán una solución a los problemas ambientales.



Sobre este axioma pivotea la subvaloración de la dimensión ambiental en tanto conduce a pensar que el ambiente no impone límites para el crecimiento ya que es posible agotar lo que hoy consumimos y contaminar lo que hoy contaminamos, porque antes de llegar a puntos irreversibles, el progreso tecnológico encontrará o inventará los sustitutos o solucionará los efectos contaminantes.

Encandilados por la fascinación tecnológica parecen no advertir que nada permite considerar al avance científico-técnico virtuoso por naturaleza. Que no se puede depositar una fe ciega en la tecnología ni esperar que las soluciones tecnológicas -por sí solas- logren dar respuesta a la crisis sistémica que enfrentamos. Un muy buen ejemplo lo encontramos con la *Identidad Kaya* que nos permite demostrar que alcanzando las más optimistas mejoras en materia de sustitución de fuentes energéticas y aumentos de la eficiencia en el uso de la energía; si no se resuelven las variables sociales (crecimiento poblacional y modelo económico crecientista) las emisiones de gases efecto invernadero aumentan de manera exponencial.

Frente al optimismo tecnológico cabe advertir que existen límites biofísicos para el crecimiento; que las soluciones tecnológicas no pueden ayudar a realizar el sueño imposible de un crecimiento infinito dentro de un sistema finito; que ninguna teoría económica y menos científica puede ignorar la entropía energética e incluso material (concepto este último desarrollado por Georgescu-Roegen); que aumentar la eficacia conduce a un aumento del consumo (Paradoja de Jevons); que en la práctica, en la fórmula ideológica: I+D+i, la innovación en realidad ha sido sustituida por mercado con las consecuencias que ello comporta y que, en definitiva, la inmensa complejidad de los sistemas de la Tierra define que nuestros intentos de hacer frente a los problemas ambientales resulten superficiales y sumamente peligrosos.

El segundo axioma del neodesarrollismo: los recursos naturales son la palanca para el desarrollo.

Muchas veces se apela a ejemplos de lo ocurrido en otros países sin advertir que, desde la Conquista de América hasta nuestros días, los recursos naturales solo han sido palancas para el desarrollo de los países centrales. Muy bien lo describe Horacio Machado Araóz,² cuando afirma que:

La modernidad nace de ese primer acto de ordenamiento territorial de alcance global, que tiene en el Tratado de Tordesillas (1494) su primer instrumento jurídico formal, pues éste no sólo define la primera modalidad concreta de reparto del mundo, sino que establece el espacio geográfico de los sujetos propietarios y el mero espacio de los objetos poseídos. Este Tratado delimita y establece, de un

² Machado Araóz, H. (2015). Ecología política de los regímenes extractivistas. De reconfiguraciones imperiales y re-existencias decoloniales en nuestra América. *Bajo el Volcán*, 15(23), 11-51.

lado, la zona del saqueo y, del otro, la de la acumulación. El extractivismo es la práctica económico-política y cultural que “une” ambas zonas; el modo a través del cual una se relaciona con la otra. Extractivismo es ese patrón de relacionamiento instituido como pilar estructural del mundo moderno, como base fundamental de la geografía y la “civilización” del capital, pues el capitalismo nace de y se expande con y a través del extractivismo. El extractivismo instituye la separación entre las metrópolis y sus satélites; establece el centro y sus periferias; delinea la geografía de la extracción, como geografía subordinada, dependiente, proveedora, estructurada por y para el abastecimiento de la geografía del centro, la del consumo y la acumulación. El extractivismo además nos refiere a la forma de relacionamiento que las fuerzas hegemónicas de la modernidad imponen sobre la entidad “naturaleza”, basada en su concepción como puro objeto, objeto de conocimiento y de explotación.

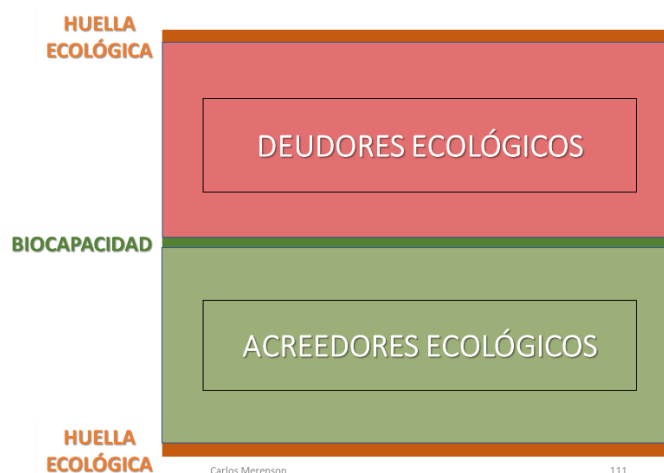
Legitimado el antropocentrismo despótico en nuestras relaciones con el mundo natural, el paradigma hegemónico confirió prioridad existencial a la expansión (económica y geográfica) y a la conquista de la naturaleza. Las instituciones de las monarquías o la de los Estados Nación se orientaron entonces a garantizar dicha prioridad, conduciendo -en conjunto- a una desenfrenada mercantilización de todos los ámbitos de la vida natural y social, como así también, a una creciente acumulación y concentración del capital. La consecuencia directa sobre las áreas periféricas, semiperiféricas y las *arenas exteriores* del sistema-mundo productivista fue el establecimiento de un modelo caracterizado por un colosal mecanismo centrípeto de redistribución de recursos que se inició como economía de rapiña y hoy lo conocemos como extractivismo.

La ilimitada apropiación de los recursos naturales del mundo entero resulta inherente al proceso de acumulación del capital, acumulación que se realiza -necesariamente- mediante una geografía económica mundial estructurada sobre un patrón de intercambio desigual entre metrópolis y colonias; entre centros y periferias.

Una manera de constatar la existencia de tales mecanismos centrípetos de redistribución de recursos sobre los que se asienta el sistema-mundo productivista es apelar a la comparación entre *Huella Ecológica* y *Biocapacidad*,³ lo cual permite diferenciar claramente deudores de acreedores ecológicos; constatar que el norte global es deudor ecológico, como así también constatar, la cada vez más alarmante caída de la biocapacidad en aquellos países del sur global, que aún se mantienen como acreedores ecológicos.

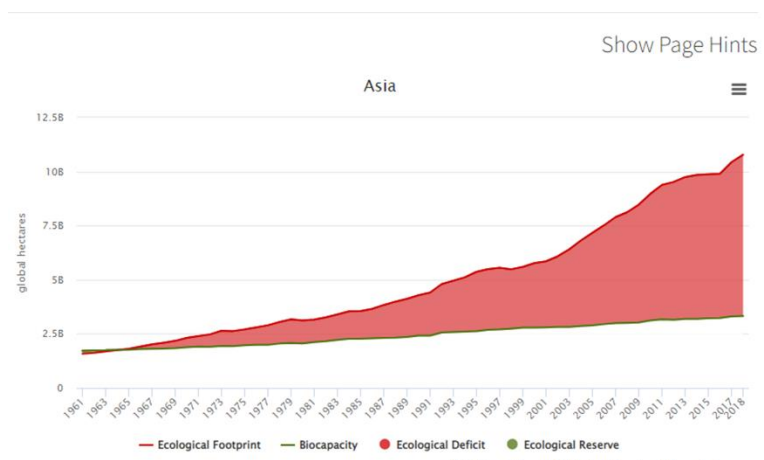
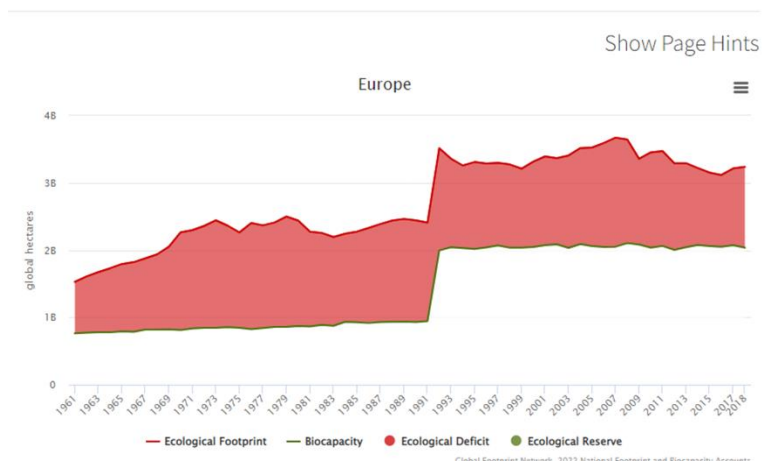
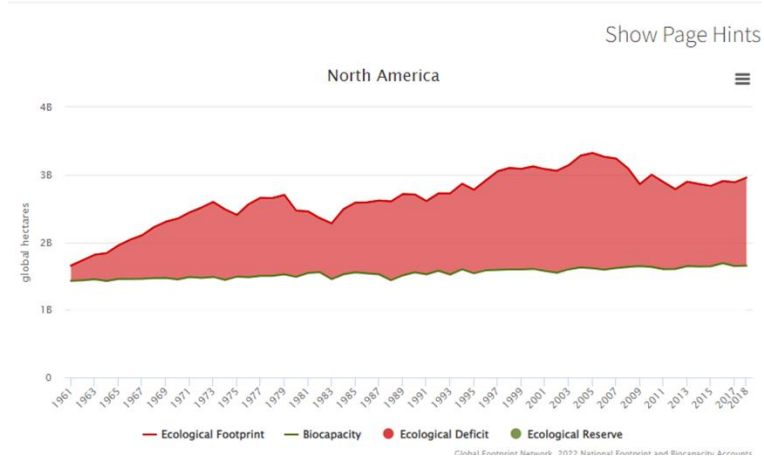
³ Capacidad biológica o biocapacidad («*biological capacity or biocapacity*»): La capacidad de los ecosistemas de producir materiales biológicos útiles y absorber los materiales de desecho generados por los seres humanos, usando esquemas de administración y tecnologías de extracción actuales. “Materiales biológicos útiles” se definen como aquellos usados por la economía humana, mientras lo que se considera “útil” puede cambiar de año a año (e.g. el uso de hojas de maíz para la producción de etanol podría resultar en las hojas de maíz convirtiéndose en un material útil, y así incrementar la biocapacidad de la tierra de cultivo de maíz). La biocapacidad de un área se calcula multiplicando el área física actual por el factor de rendimiento y el factor de equivalencia apropiado. La biocapacidad generalmente se expresa en hectáreas globales como unidad.

Los gráficos disponibles en *Global Footprint Network*,⁴ muestran los enormes déficits ecológicos correspondientes a los países centrales (industrializados) que – obviamente – vienen compensando mediante la “importación” de *Biocapacidad* de las áreas periféricas/semiperiféricas que en su gran mayoría muestran una relación de *superávit ecológico*.

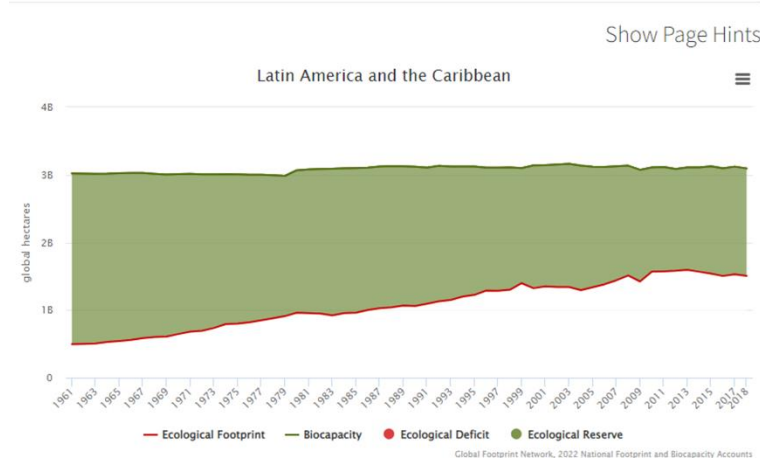


⁴ Ver: <https://data.footprintnetwork.org/#/>

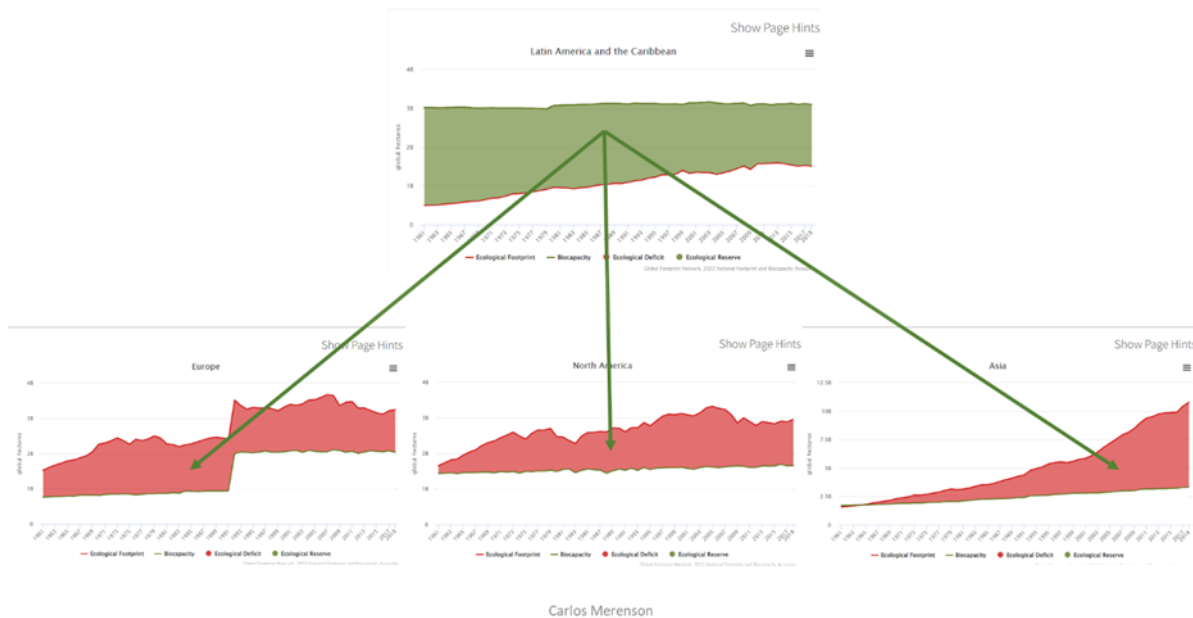
DEUDORES ECOLÓGICOS



ACREEDOR ECOLÓGICO



“IMPORTACIÓN” DE BIOCAPACIDAD



Desde los extractivismos de primera generación, propios de la conquista de América, hasta los actuales de cuarta generación en los que el consumo de energía y materiales en las operaciones son muy altos y los impactos ambientales son inmensamente mayores, poco cambió o puede cambiar con un extractivismo que solo ha servido a una inserción internacional subordinada y funcional al modelo comercial y financiero hegemónico, con prácticas que se volcaron a la maximización de la renta para pocos y la externalización de impactos ecosociales para muchos en lugar de ser la pretendida palanca para el desarrollo.

El tercer axioma del neodesarrollismo: el desarrollo sostenible requiere de mayores capacidades estatales y más y mejores leyes.

Si bien a primera vista resulta una verdad indiscutible, podemos plantearnos un interrogante como el que propone Jorge Riechmann:⁵

¿Por qué, a pesar de toda la concienciación sobre los problemas ecológicos y todas las medidas de política ambiental que las naciones más adelantadas en este campo vienen aplicando desde hace más de un tercio de siglo, la devastación prosigue imparable? ¿Por qué tanta charla sobre el medio ambiente, tanta sostenibilidad como dice Robert Engelman (2013), tanta afirmación de valores proambientales, tanto derecho ambiental con sus normas y sus leyes, tanta decisión para intentar enmendar el lamentable curso de las cosas, parecen resultar tan ineficaces?

Al igual que el rol de los recursos naturales para el desarrollo, aquí también se suele ejemplificar con lo que ocurre en los países centrales; ejemplos que en ningún caso toman en consideración la pesada mochila ecológica de la que nutren sus *modelos*.

La respuesta al interrogante que plantea Riechmann se encuentra en el substrato superideológico del sistema-mundo que habitamos: el productivismo y los modos de organización socioeconómica que ha inspirado a lo largo de la historia.

Para el ecologismo político, desarrollo sostenible es desarrollo sin crecimiento y el desafío que ello plantea de desarrollarnos dentro de los límites biofísicos del planeta y detener nuestra alocada carrera hacia la autodestrucción y ello nos conduce a plantear la necesidad de abandonar el productivismo y los modos de organización socioeconómica que les son inherentes, sin lo cual no habrá Estado ni leyes capaces de dar respuesta alguna a la crisis ecosocial global que avanza hacia un punto de no retorno.

El cuarto axioma del neodesarrollismo: existe una economía capaz de liberarse de los límites biofísicos como, por ejemplo, la economía circular.

Quienes proponen este modelo de *economía circular* parecen ignorar o mal interpretan las inflexibles leyes de la termodinámica.

Debemos reconocer que una lectura superficial del enunciado de la primera ley de la termodinámica: *nada se pierde, todo se transforma* puede conducir al sueño de una economía capaz de generar un infinito crecimiento.

Pero -desgraciadamente- es en este punto donde irrumpe la segunda ley de la termodinámica para dejar en claro que una cosa es que nada se pierda y todo se transforme; y otra cosa muy diferente es que, en el proceso, cierta cantidad de energía se transforme en

⁵ Riechmann, J. (2013) La crítica ecosocialista al capitalismo. *Integra Educativa*, Instituto Internacional de Integración del Convenio Andrés Bello (La Paz, Bolivia) Rev. de Inv. Educ. v.6 n.3, documento electrónico: http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1997-40432013000300008

no utilizable, es decir que no puede realizar trabajo. Y el problema aquí es que la economía, lejos de ser circular es entrópica.

Elegir el enunciado de la primera ley de la termodinámica resulta indispensable para aquellos que pretenden justificar una visión utópica de una economía que no agota recursos, sin advertir que el significado de la primera ley de la termodinámica -que debe ser interpretado de manera conjunta con la segunda ley- es muy diferente al pretendido, al punto de ser la base para entender que, lejos de conducir a la idea de circularidad, está diciendo que la generación de residuos es inherente a los procesos productivos y que además, una parte de tales residuos no tienen posibilidad alguna de ser reutilizados. Debemos aclarar que la entropía no solo es aplicable a la energía sino también –como lo propuso Georgescu-Roegen-⁶ a la materia en los procesos de transformación en tanto sus concentraciones tienden a dispersarse, sus estructuras tienden a degradarse y desaparecer, y cuyo orden tiende a convertirse en desorden.

La propuesta de una economía circular resulta coherente para una ciencia económica forjada en el paradigma mecanicista sin tener en cuenta las leyes de la termodinámica y las leyes de la ecología, que introdujeron un concepto central: la *irrevocabilidad*. Tengamos en cuenta que en virtud de la segunda ley de la termodinámica los procesos termodinámicos son irreversibles y no se pueden deshacer una vez que han ocurrido, lo que está relacionado con el concepto de irrevocabilidad. Otro tanto acontece con las leyes de la ecología como es el caso de los efectos impredecibles e irreversibles que pueden originar acciones que se realice en un ecosistema como, por ejemplo, la introducción de especies invasoras cuyos efectos han demostrado en algunos casos que pueden ser irreversibles e imposibles de deshacer.

La teoría económica no ha incorporado la revolución de la termodinámica y de la biología y sigue viviendo en los principios del siglo XIX imaginando que puede funcionar como si las leyes de la termodinámica y las biológicas no existieran; como si externalizar costos no tuviera costos y como si sus modelos matemáticos pudieran reflejar la realidad.

Atrapadas en el clásico esquema político bidimensional estructurado a partir de los ejes izquierda-derecha y democracia-totalitarismo; las corrientes de pensamiento nacional no logran advertir la irrupción de una nueva dimensión analítica, un tercer eje definido por la antinomia productivismo-antiprodutivismo lo cual las hace marchar a contramano de los gigantescos cambios que el actual escenario ecosocial exige.

Es en tal contexto que el ecologismo político se ha transformado en obligado punto de referencia en la inevitable y urgente transición hacia una organización socioeconómica radicalmente diferente, no asentada en el sustrato productivista, sino en una razón ecosocial capaz de romper las falacias desarrollistas y alimentar nuevas teorías de la sociedad y del cambio social. De alimentar una radical transformación de la vida material, de la manera misma de producir, consumir y de compartir la vida en la comunidad. Es la *Ecología*

⁶ Georgescu-Roegen, N. (1971). *The Entropy Law and the Economic Process*. Cambridge, Mass. Harvard University Press.

Política el punto de referencia obligado para plantear una transición hacia una sociabilidad convivencial y un desarrollo verdaderamente sostenible; una transición desde la economía del siempre más a una que gradualmente busque un punto de equilibrio dinámico, una economía de estado estacionario que garantice la justicia social mientras protege las bases biofísicas de la vida. Una transición que debe iniciarse en el norte industrializado en un proceso decrementista que ponga fin a la sociedad de consumo que -desde la década del año 1950- es principal responsable de la globalización de la crisis ecosocial.

En el escenario actual, antes que seguir proponiendo más de lo mismo, la principal tarea política ha pasado a ser la de guiar a los pueblos en la inevitable transición hacia la adopción de maneras de vida alternativas, materialmente sencillas y es aquí donde cobra relevancia concentrar todos los esfuerzos en las economías locales, de pequeña escala y altamente autosuficientes, cooperativas y participativas, desarrolladas mediante sistemas donde las pequeñas comunidades controlen sus propios asuntos, independientes de la economía global transformada en un modelo que, tal como lo propone Castoriadis,⁷ ha dejado a tres cuartas partes de la humanidad sin poder satisfacer ni siquiera de manera elemental sus necesidades y a la cuarta parte restante la ha dejado atada, *como una ardilla a su rueda, persiguiendo la satisfacción de las “necesidades” nuevas, manufacturadas día tras día ante nuestros ojos.*

Para el ecologismo político, así como no puede existir un capitalismo con rostro humano, tampoco puede existir un extractivismo progresista y menos aún un desarrollismo que no termine naufragando en un crecientismo que lo conduce a un sistema de valoración exclusivamente monetario, la consiguiente mercantilización de todas las esferas de la vida y la agudización de las crisis ecosociales.

Vivir con lo nuestro, convivencial y sosteniblemente

El desesperado intento por continuar alimentando el hegemónico e insostenible modelo de producción y consumo, recurriendo a un extractivismo de *cuarta generación*, con el que se pretende estrujar la tierra para extraer hasta el último vestigio de materia y energía, es claro indicador del agotamiento del secular modelo extractivista; jaqueado por las crecientes luchas de los saqueados y por imperio de la realidad biofísica.

Es la configuración de un nuevo sistema-mundo la que nos impulsará a *vivir con lo nuestro, convivencial y sosteniblemente*, como obligada respuesta al desafío que nos plantea la actual etapa de transición que - por vez primera en la historia humana - nos conduce desde la abundancia hacia la escasez, en términos energéticos y materiales; desde un mundo vacío hacia un mundo lleno, en términos ecológicos y poblacionales.

Hoy resulta absolutamente irresponsable pretenderse político e ignorar la situación de sobregiro ecológico en el que se ha colocado la humanidad. Prepararse para el fin de un modelo socioeconómico que se ha mantenido vigente durante más de quinientos años,

⁷ Castoriadis, C. (2008). *Ventana al caos*, FCE Argentina, Buenos Aires, p. 92.

caracterizado por el ininterrumpido drenaje de energía y materias primas hacia los países industrializados, debería ser el objetivo central de la política en nuestra región.

Obviamente, cambiar el rumbo no resultará tarea simple. En Latinoamérica, las dirigencias políticas tradicionales y sus tecnoburocracias han estado y están corriendo - permanentemente - tras un objetivo inalcanzable en un sistema-mundo caracterizado por sus mecanismos centrípetos de redistribución de los recursos y la riqueza.

Para el ecologismo político, *vivir con lo nuestro* implica un proceso de transformación que requiere del establecimiento de un nuevo sistema de relaciones sociales, en el cual, un número cada vez mayor de personas, tome parte activa en la construcción de una sociedad convivencial y sostenible.

Vivir con lo nuestro es optar por formas de vida opuestas a la receta única, es ir construyendo en las entrañas mismas del sistema, el sistema alternativo. Un reformismo radical basado en desarrollar nuevos sistemas locales, de pequeña escala y participativos.

Vivir con lo nuestro implica desarrollar *resiliencia* social para sobreponerse a los desenlaces desfavorables que se avecinan, reconstruyendo los vínculos internos mediante estrategias basadas – principalmente – en la adaptación, la autoorganización, la autocontención y la autosuficiencia, todo lo cual tenderá a reducir nuestra gran vulnerabilidad ecosocial.

Enfrentamos una crisis ecosocial global cuya gravedad extrema abre las puertas para que, en todas partes, las comunidades desarrollen su enorme capacidad de tomar sus destinos en sus propias manos.

En el corto tiempo disponible, antes de 2030, debemos ayudar a la gente a darse cuenta de que el sistema ya no tiene respuestas frente a la crisis ecosocial global y paralelamente - en la transición - desarrollar sistemas alternativos, verdaderos salvavidas frente al inevitable naufragio que se avecina.

Obviamente, no serán las hegemónicas corrientes de pensamiento políticas y económicas las que podrán conducir los destinos de los pueblos de Latinoamérica en la senda convivencial y sostenible que la hora reclama, no lo podrán hacer, en tanto no pueden liberarse de sus raíces productivistas a derechas y de sus escorias productivistas a izquierdas, de allí la urgencia de sumar voluntades que puedan converger en un movimiento de nuevo tipo, tanto en sus formas organizativas como en su ideario.